

LA REBELIÓN DE LOS ANGELES

CAPÍTULO PRIMERO

Que contiene en pocas líneas la historia de una familia francesa, desde 1789 hasta nuestros días.

El hotel d'Esparvieu yergue sus tres pisos austeros a la sombra de San Sulpicio, entre un patio verde y musgoso y un jardín de tiempo en tiempo estrechado por las edificaciones cada vez más elevadas y más próximas, en el cual dos añosos castaños alzan aún sus copas marchitas. Allí vivió desde 1825 a 1857 Alejandro Bussart d'Esparvieu, que dió lustre a su familia y fué vicepresidente del Consejo de Estado con el Gobierno de Julio, miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, y autor del *Estudio acerca de las instituciones civiles y religiosas de los pueblos*, en tres volúmenes en octavo; obra que, por desgracia, quedó sin terminar.

Este eminente teórico de la Monarquía liberal dejó por heredero de su sangre, de su fortuna y de su gloria, a Fulgencio Adolfo Bussart d'Esparvieu, senador bajo el segundo Imperio, quien acrecentó considerablemente su patrimonio con la compra de terrenos que más adelante cruzaría la Avenida de la Emperatriz, y pronunció un

discurso notable en defensa del poder temporal de los Papas.

Fulgencio tuvo tres hijos: el mayor, Marcos Alejandro que ingresó en el Ejército y llegó a general, hablaba bien; el segundo, Cayetano, que no reveló ninguna especial aptitud, solía vivir en el campo, domaba potros, iba de caza o se entretenía con los pinceles y con la música; el último, Renato, que desde su infancia fué inducido a seguir la carrera de la Magistratura, presentó la dimisión de su cargo para librarse de aplicar los decretos de Ferry acerca de las Congregaciones; y cuando más adelante vió renacer bajo la presidencia de Fallieres los tiempos de Decio y de Diocleciano, puso toda su ciencia y su actividad al servicio de la Iglesia perseguida.

Desde el Concordato de 1801 hasta los últimos años del segundo Imperio, los d'Esparvieu sólo iban a misa por fórmula. Eran escépticos en el fondo, pero consideraban la religión indispensable para gobernar. Marcos y Renato fueron los primeros de su familia que mostraron una devoción sincera; el general, cuando era coronel, consagró su regimiento al Corazón de Jesús, y observaba tan fervorosamente las prácticas religiosas que hasta entre los militares sobresalía, a pesar de ser muy sabido que la piedad, hija del Cielo, eligió para su residencia predilecta sobre la tierra el corazón de los generales de la tercera República. La Fe tiene sus vicisitudes; durante el antiguo régimen el pueblo fué creyente, pero no lo fueron la nobleza ni la burguesía letrada, y durante el primer Imperio todo el ejército era impío. Ahora el pueblo no cree en nada y la burguesía, propensa a creer, a veces lo consigue como lo consiguieron Marcos y Renato d'Esparvieu; sólo su hermano Cayeta-

no, hidalgo rural, no dejó de ser agnóstico, palabra con que las personas de buenos modales disfrazan el odioso calificativo de librepensador, y al declararlo sencillamente contravenía los usos que prohíben ostentar ciertas convicciones. En nuestro siglo hay tantas maneras de ser creyente y de ser incrédulo, que los futuros historiadores han de verse muy apurados para diferenciarlas. Pero ¿se desenmaraña mejor el estado de las creencias en los tiempos de Ambrosio y de Símaco?

Además de su catolicismo ferviente, Renato d'Esparvieu tenía muy arraigadas las ideas liberales que sus antepasados le transmitieron como una herencia sagrada. Obligado a combatir a la República atea y jacobina, seguía declarándose republicano, y en nombre de la libertad reclamaba la independencia y la soberanía de la Iglesia. Cuando se promovieron los reñidos debates de la Separación y las contiendas de los Inventarios, los sínodos de obispos y las asambleas de fieles se reunían en su casa.

Mientras en el amplio salón verde se agrupaban los jefes más ilustres del partido católico, prelados, generales, senadores, diputados, periodistas; mientras todas aquellas almas se sometían a Roma con obediencia humilde, mientras el señor d'Esparvieu, de codos sobre el mármol de la chimenea, combatía el derecho civil con el derecho canónico y protestaba elocuentemente contra el despojo sufrido por la Iglesia en Francia: dos rostros antiguos, mudos, inmóviles, contemplaban la moderna asamblea. A la derecha del hogar y pintado por David, el de Román Bussart, labrador de Esparvieu, con aspecto rudo y artero, algo socarrón; y no le faltaban motivos para reír en aquellas circunstancias, porque había cimentado la fortuna de la familia con la compra de bie-

nes de la Iglesia; y a la izquierda, pintado por Gerard, en traje de gala, cubierto de condecoraciones, el hijo del labrador, barón Emilio Bussart d'Esparvieu, prefecto del Imperio y canciller de Carlos X, que al morir en 1837 era mayordomo de su parroquia, y en su agonía recitaba los versitos de la *Doncella* de Voltaire.

Renato d'Esparvieu se había casado en 1888 con María Antonia Coupelle, hija del barón Coupelle, dueño de una metalúrgica en Blainville (alto Loira); dicha señora presidía la Asociación de Madres Cristianas desde 1903, y este matrimonio modelo casó a su hija mayor en 1908 y conservaba a su lado una hija y dos hijos.

El menor, León, de seis años, tenía su alcoba entre la de su madre y la de su hermana Berta. Mauricio, el mayor, se alojaba en un pabelloncito compuesto de dos habitaciones, en el fondo del jardín, y gozaba allí de una libertad que le hacía soportable la vida de familia. Era un muchacho bastante guapo, elegante sin afectación manifiesta, y sus labios sabían sonreír amablemente.

A los veinticinco años Mauricio profesaba las doctrinas del Ecclesiastés. Seguro de que el hombre no saca ningún provecho de los trabajos de este mundo, evitaba todo género de molestias. Desde su más tierna infancia este hijo de familia hizo todo lo posible para no estudiar, y se mostró refractario a las enseñanzas de la Escuela de Derecho donde obtuvo, a pesar de todo, el título de doctor.

Ni defendía pleitos ni tomaba parte alguna en las actuaciones; no sabía nada ni quería saber nada; nunca se rebeló contra la simpática limitación de su inteligencia, y su afortunado instinto le indujo a mantenerse dentro de sus cortos alcances en vez de aspirar a una ilusoria comprensión.

Mauricio había recibido del cielo, según opinaba el reverendo padre Patouille, los beneficios de una educación católica. Desde su infancia la devoción se le ofrecía en ejemplos domésticos, y cuando al salir del colegio se matriculó en la Escuela de Derecho, tuvo la fortuna de ver en su propia casa la ciencia de los doctores, las virtudes de los confesores, la constancia de las mujeres fuertes. Admitido en la vida social y política durante la terrible persecución de la Iglesia en Francia, Mauricio no faltó a ninguna manifestación de la juventud católica; intervino en la construcción de las barricadas de su parroquia, para oponerse a los inventarios, y figuró entre los que desengancharon los caballos del coche del Arzobispo arrojado de su palacio; pero no era de los que se entusiasmaban mucho; nunca se le vió en las primeras filas de aquel grupo heroico; no exaltó a los soldados para que se declarasen en gloriosa rebeldía ni arrojó sobre los agentes del Fisco inmundicias e insultos.

Se concretaba a cumplir con su deber, y si en la imponente peregrinación de 1911 se distinguió entre los camilleros de Lourdes fué sólo, acaso, por agradar a la señora de la Verdeliere que gusta de los hombres robustos. El reverendo padre Patouille, amigo de la familia y profundo conocedor de las almas, lamentaba que Mauricio aspirase al martirio con tanta moderación; le llamaba perezoso, le daba tironcitos de oreja y le reprochaba su apatía. Pero si bien su fervor no era mucho Mauricio no dejaba de ser creyente. Entre los extravíos juveniles conservó su fe intacta, porque no le había preocupado; nunca la sometió a examen; tampoco tuvo curiosidad por conocer a fondo las ideas morales que dominaban en la sociedad a que pertenecía, y las admi-

tió como cosa corriente. Así pudo suponer que obraba en todas las ocasiones de un modo perfectamente honrado, y esto no le fuera posible si se parase a discurrir acerca del fundamento de las costumbres. Era irritable, colérico; tenía arraigado el sentimiento del honor y le profesaba un verdadero culto; no era ambicioso ni vano; como la mayoría de los franceses tampoco era derrochador; por su gusto nunca diera dinero a las mujeres, si ellas no le obligasen; creía despreciarlas y las adoraba. Como la sensualidad era instintiva en él, no pudo medir ese impulso de su naturaleza; pero nadie le suponía, y hasta él mismo la ignoraba por completo (aun cuando no fuese difícil advertirla en el brillo que algunas veces humedecía sus hermosos ojos pardos), una marcada predisposición a la ternura y a la intimidad; sin embargo, en las relaciones comunes de la vida era bastante vulgarote.

CAPÍTULO II

Donde se hallarán noticias útiles acerca de una biblioteca en la cual han de acontecer pronto sucesos extraños.

Deseoso de abarcar todo el círculo de los conocimientos humanos y de enaltecer su genio enciclopédico con un símbolo apropiado y una pompa en consonancia con sus recursos pecuniarios, el barón Alejandro d'Esparvieu había formado una biblioteca de trescientos se-

setenta mil volúmenes, entre impresos y manuscritos, cuya base principal procedía de los benedictinos de Ligugé.

En una cláusula especial de su testamento, mandaba a sus herederos que enriquecieran la biblioteca con todo cuanto se publicara de alguna importancia en ciencias naturales, morales, políticas, sociales, filosóficas y religiosas. Había indicado las cantidades que convenía reservar a este objeto, y encargaba a su hijo mayor, Fulgencio Adolfo, que no descuidase dichas atenciones. Fulgencio Adolfo supo cumplir con filial respeto la voluntad expresada por su ilustre padre.

A su muerte, la inmensa biblioteca, cuyo valor representaba una parte cuantiosa de la herencia, quedó indiviso entre los tres varones y las dos hijas del senador, y Renato d'Esparvieu, a quien había correspondido el hotel de la calle de Garanciere, encargóse de conservarla. Sus dos hermanas, las señoras de Paulet de Saint-Fain y de Guissart, pidieron con insistencia que se liquidase aquel improductivo capital; entonces Renato y Cayetano adquirieron la participación de sus dos hermanas para salvar la biblioteca, y el primero cuidó de acrecentarla conforme a los propósitos del fundador; pero al disminuir de año en año la importancia y el número de las adquisiciones, aducía que la producción intelectual en Europa era cada vez menos estimable.

En cambio Cayetano gastaba su dinero en obras nuevas publicadas en Francia y en otros países; gracias a este hombre desocupado y curioso, las colecciones del barón Alejandro se mantuvieron casi al día.

La biblioteca d'Esparvieu aún es actualmente, tanto en Teología como en Jurisprudencia y en Historia, una de las más hermosas bibliotecas particulares de Europa. Allí se puede estudiar la física, o por mejor decir,

las físicas en todas sus manifestaciones, y también la metafísica o las metafísicas, es decir, lo que está unido a la física y que no hay otra manera de nombrar, por ser imposible que un sustantivo denote lo que carece de sustancia y sólo es ilusión o ensueño. Allí se hallan reunidos los filósofos que precisan la solución, la disolución y la resolución de lo absoluto, la determinación de lo indeterminado y la definición de lo indefinido. Todo se amontona en aquel cúmulo de biblias, mayores y menores, sagradas y profanas; todo, hasta el pragmatismo de última hora, el más nuevo y el más elegante.

Otras bibliotecas poseen con más abundancia volúmenes encuadernados de venerable antigüedad, ilustres por su procedencia, suaves por la calidad y el color de las pieles que los cubren, preciosos por el arte del encuadernador que supo correr los hierros de dorar formando filetes, encajes, molduras, florones, emblemas, escudos, y que con su apagado brillo atraen los ojos expertos; otras pueden encerrar en mayor número manuscritos orlados con delicadas miniaturas de vivos colores, debidas a un pincel veneciano, flamenco o turanés; pero ninguna reúne, como ésta, numerosas y magníficas ediciones de autores antiguos y modernos, sagrados y profanos.

Encuétrase allí todo lo que nos queda de la antigüedad, todos los Padres de la Iglesia y los apologistas y los decretalistas, todos los humanistas del Renacimiento, todos los enciclopedistas, toda la filosofía y toda la ciencia. Por esto dijo el cardenal Merlin cuando se dignó visitarla:

—No hay hombre cuyo cerebro sea capaz de abarcar todo el saber que guardan estos estantes. Felizmente, no es necesario.

Monseñor Cachepot, que la frecuentaba cuando era vicario en una parroquia de París, solía decir:

—Veo aquí materia suficiente para formar muchos Tomás de Aquino y muchos Arrio, si las inteligencias no hubieran perdido su antiguo ardor para el bien y para el mal.

Los manuscritos constituían, sin disputa, la mayor riqueza de tan importante colección. Encontrábanse allí, principalmente, cartas inéditas de Gassendi, del Padre Mersenne, de Pascal, en las cuales se hallarían rumbos ignorados de la intelectualidad del siglo XVII. Tampoco es justo dejar en olvido las biblias hebraicas, los talmudes, los tratados rabínicos impresos y manuscritos, los textos arameos y samaritanos sobre cabretillas y cortezas de sicomoro, todos los ejemplares antiguos y preciosos que había recogido en Egipto y en Siria el célebre Moisés de Dina, y que Alejandro d'Esparvieu pudo adquirir sin gran dispendio cuando en 1836 el sabio hebreo murió en París viejo y miserable.

La Biblioteca Esparviana ocupaba el segundo piso de la antigua residencia. Las obras tenidas en poca estimación, como los libros de exégesis protestante del siglo XIX y del XX, cedidos por Cayetano, se hallaban relegados, sin encuadernar, en la profundidad infinita de los sotabancos. El catálogo, con suplementos, formaba nada menos que diez y ocho volúmenes infolio. Este catálogo estaba siempre a la vista, y la biblioteca en un orden perfecto. El señor Sariette (Julián), archivero paleógrafo que, pobre y humilde, daba lecciones para ganarse la vida, llegó a ser en 1895, recomendado por el obispo de Agra, preceptor del joven Mauricio, y casi al mismo tiempo conservador de la Esparviana. Dotado de una actividad metódica y de una paciencia obstinada,

el señor Sariette había clasificado una por una todas las obras. El sistema concebido y usado por él era de tal modo complejo, la signatura de cada libro se componía de tantas letras mayúsculas y minúsculas, griegas y latinas, de tantas cifras árabes y romanas acompañadas de asteriscos, de dobles asteriscos, de triples asteriscos, y de los signos que expresan en aritmética las potencias y las raíces, que su estudio hubiera costado más tiempo y más esfuerzo del que se necesita para aprender perfectamente el Álgebra; y como no fué posible que nadie se resignase a invertir en el conocimiento de aquellos símbolos oscuros horas mejor empleadas en descubrir las leyes de los números, el señor Sariette no tuvo competidor en la tarea de reconocer sus clasificaciones, y llegó a ser de todo punto imposible buscar, sin su ayuda, entre los trescientos sesenta mil volúmenes confiados a su custodia, un libro cualquiera. Tal era el resultado de sus afanes; pero, lejos de dolerle, sentía con ello una viva satisfacción.

El señor Sariette estaba enamorado de su biblioteca; enamorado y celoso. Todas las mañanas, desde las siete, se hallaba catalogando en su escritorio de caoba. Las papeletas, escritas de su mano, llenaban el monumental casillero que se alzaba junto a él, coronado por un busto en yeso de Alejandro d'Esparvieu, con el pelo ahuecado, la mirada sublime, con una pata de gallo hasta la oreja, como Chateaubriand; la boca de labios pequeños y carnosos, el pecho desnudo. Al salir, a las doce en punto, se dirigía hacia la estrecha y oscura calle de las Canettes, para almorzar en la lechería de Les Quatre-Eveques, frecuentada en otros tiempos por Baudelaire, Teodoro de Banville, Carlos Asselineau, Luis Menard y un grande de España que había traducido *Los misterios*

de Paris en el idioma de los conquistadores. Y hasta las ánades que se chapuzan graciosamente sobre la vieja muestra de piedra que ha dado nombre a la calle, reconocían al señor Sariette. A la una menos cuarto en punto entraba de nuevo en su biblioteca, de donde no salía hasta las siete para volver a sentarse en Les Quatre-Eveques ante su mesa frugal provista siempre de ciruelas pasas. Todas las noches, cuando acababa de comer, su camarada Miguel Guinardon, pintor decorador, restaurador de cuadros que solía trabajar para las iglesias, llegaba a Les Quatre-Eveques desde su desván de la calle de la Princesse, para tomar el café y la copita; y los dos amigos jugaban su partida de dominó. El viejo Guinardon, rudo y vigoroso, era mucho más viejo de lo que parecía; como que en sus buenos tiempos conoció a Chenavard. Terriblemente casto, a todas horas denunciaba las impurezas del neopaganismo en un lenguaje formidablemente obsceno. Le agradaba mucho hablar, y el señor Sariette le oía complacido. El tema predilecto del viejo Guinardon era la capilla de los Ángeles de San Sulpicio, cuya pintura se descascarillaba continuamente, y que restauraría sabe Dios cuándo, ya que desde la Separación las iglesias pertenecían sólo a Dios, y nadie asumía la carga de las reparaciones más apremiantes: pero el viejo Guinardon no era exigente.

—Miguel es mi patrono—decía—y profeso una especial devoción a los Santos Ángeles.

Al terminar su partida de dominó, el menudo señor Sariette y el viejo Guinardon robusto como un roble, melenudo como un león, inmenso como un San Cristóbal, salían juntos, y por la plaza de San Sulpicio hablaban amigablemente, sumergidos en la noche plácida o destemplada. El señor Sariette guiaba el paseo hacia su

casa, y esto era una contrariedad para el artista charlatán y trasnochador.

A la mañana siguiente, puntual, según costumbre, volvía el señor Sariette a ocupar su puesto en la biblioteca, y catalogaba. Desde su escritorio dirigía una mirada de Medusa a los visitantes, receloso de que pidieran libros. Con aquella mirada, no solamente hubiera querido petrificar a los magistrados, a los políticos, a los prelados que invocaban su intimidad con el dueño de la casa para llevarse algún libro, sino también a Cayetano d'Esparvieu, protector de la biblioteca, el cual solía pedir algún libraco licencioso o impío para entretenerse en el campo los días de lluvia; a la señora de Renato d'Esparvieu cuando le pedía un libro para los enfermos de su hospital, y al propio Renato d'Esparvieu que se limitaba generalmente al *Código Civil* y al *Repertorio de Dalloz*. Cuando se le llevaban algún libro, por insignificante que fuese, le dolía como si le arrancasen el alma; y para evitarlo, hasta con las personas que tenían más derecho, el señor Sariette inventaba mil mentiras ingeniosas o burdas, no le dolía calumniarse al suponer extraviado o perdido un volumen que un momento antes acariciaba con los ojos y oprimía contra su corazón; y cuando ya no le quedaba otro remedio, antes de soltar definitivamente un libro se lo quitaba veinte veces de las manos a la persona que se lo había pedido con perfecto derecho.

Temblaba continuamente al pensar que alguno de los objetos sometidos a su vigilancia pudiera escaparse; y depender trescientos sesenta mil volúmenes de su custodia, tenía otros tantos motivos de alarma. A veces se despertaba por la noche bañado en sudor frío y lanzaba un grito de angustia, por haber visto en

sueños un hueco sobre una de las tablas de sus armarios.

Consideraba monstruoso, inicuo y desolador, que un libro abandonara su compartimiento. Su noble avaricia exasperaba a Renato d'Esparvieu, que desconocía las virtudes de su archivero y que le creía un maniático. El señor Sariette ignoraba esta injusticia, pero hubiera afrontado las más crueles desgracias y sufrido el oprobio y la injuria para defender la integridad de su biblioteca. Gracias a su constancia, a sus cuidados, a su celo, y para decirlo de una vez, gracias a su amor, las colecciones de Esparvieu no habían perdido ni una sola hoja sometidas a su administración durante los diez y seis años transcurridos hasta el 9 de septiembre de 1912.

CAPITULO III

Donde comienza el misterio.

Aquella tarde, a las siete, después de colocar en sus tablas los libros manejados durante el día, el señor Sariette lo dejó todo en orden perfecto, salió de la biblioteca y cerró la puerta con llave.

Según su costumbre, comió en la Lechería de Les Quatre-Eveques, leyó el diario *La Cruz*, y a las diez se retiró a su cuartito de la calle de Regard. Su sueño fué tranquilo, sin turbaciones y sin presentimientos. A la mañana siguiente llegó a las siete en punto a su biblioteca, y después de quitarse en el recibimiento, con-

forme solía, su hermosa levita, se puso otra muy usada que descolgó de la percha. Entró en su despacho, donde catalogaba diariamente durante diez horas bajo la mirada sublime de Alejandro d'Esparviu, y dispuesto a pasar su acostumbrada revista a las salas, encaminóse hacia la primera, la mayor, donde se contenían la Teología y las Religiones en inmensos armarios sobre cuyas cornisas asomaban los bustos en yeso bronceado de los poetas y de los oradores de la antigüedad. Dos enormes esferas, representación de la Tierra y el Cielo, reposaban en los huecos de las ventanas. Al entrar, el señor Sariette se detuvo estupefacto: no era posible negar lo que veía y, sin embargo, no podía creerlo. Sobre el tapete azul de la mesa de lectura se hallaban muchos libros en desorden; varios in-cuarto formaban una pila oscilante; dos léxicos griegos entrecruzaban sus hojas confundidos en un solo ser, más monstruoso que los acoplamientos humanos del divino Platón; un in-folio de cantos dorados entreabríase y descubría tres de sus hojas indignamente abarquilladas.

Al salir de su profundo estupor después de unos instantes, el bibliotecario se acercó a la mesa y reconoció, entre la confusión de aquel hacinamiento, sus Biblias hebraicas, griegas y latinas, las más estimables, un Talmud único, tratados rabínicos impresos y manuscritos, textos arameos y samaritanos, rollos de sinagoga; en fin, los más valiosos monumentos de Israel, amontonados, derrumbados, deshojados.

El señor Sariette se hallaba en presencia de algo inexplicable, a pesar de que hacía esfuerzos para explicárselo. Hubiérale tranquilizado mucho poder convenirse de que Cayetano, poco metódico y culto, que se creía autorizado para llevarse los libros a manos llenas

durante su estancia en París, por sus funestas liberalidades con la biblioteca fuera el autor de tan espantoso desorden; pero Cayetano viajaba entonces por Italia. Luego de reflexionar, el señor Sariette supuso que Renato d'Esparviu habría pedido las llaves a su ayuda de cámara, Hipólito (el cual desde veinticinco años atrás cuidaba de la limpieza del segundo piso y de los desvanes), para pasar la velada en la biblioteca. De sobra sabía el señor Sariette que Renato d'Esparviu no leía nunca de noche ni entendía el hebreo; pero acaso llevó a la sala grande algún sacerdote o algún monje Hierosolimitano de paso en París, sabio orientalista aficionado a la exégesis sagrada. El señor Sariette acabó por preguntarse si el reverendo padre Patouille, que tenía curiosidades intelectuales y la costumbre de abarquillar las hojas de los libros, se habría podido sumergir entre todos aquellos textos bíblicos y talmúdicos en un repentino afán por entrever el alma de Sem. Y un momento llegó a sospechar si el mismo Hipólito, después de sacudir y barrer la biblioteca durante un cuarto de siglo, envenenado a la larga por el polvo desprendido de tanta sabiduría, con exaltada curiosidad quiso rodearse aquella noche y a la luz de la luna, de tantos y tantos signos indescifrables, entre los que se fatigaran sus ojos y su inteligencia y se perdiera su alma. El señor Sariette llegó a imaginar que al salir del Casino o de alguna reunión nacionalista el joven Mauricio, pudo arrancar de los estantes aquellos libros judíos y arrojarlos revueltos sobre la mesa por odio al antiguo Jacob y a su nueva posteridad, pues este hijo de familia se proclamaba antisemita y sólo frecuentaba el trato de los judíos antisemitas como él. Esto era estirar mucho la hipótesis, pero el pensamiento del señor Sariette no podía permanecer

ocioso y divagaba entre las más extravagantes suposiciones. Impaciente por conocer la verdad, el celoso guardián de los libros llamó al ayuda de cámara.

Hipólito lo ignoraba todo. Interrogado el portero del hotel no supo dar ningún indicio, y entre toda la servidumbre nadie había oído nada. Entonces el señor Sariette se decidió a bajar a las habitaciones de Renato d'Esparvieu, el cual le recibió en bata de noche y gorro de dormir, oyó su relato con la impaciencia de un hombre serio mal dispuesto para oír tonterías, y puso fin a la entrevista con estas palabras, en las que se advierte una conmiseración cruel:

—No se preocupe ni le dé usted más vueltas, mi excelente señor Sariette; convéngase de que ha encontrado esta mañana todos los libros donde los dejó ayer tarde.

El señor Sariette insistió de veinte maneras distintas en sus averiguaciones, y como no sacaba nada en claro sus inquietudes le quitaron el sueño. A la mañana siguiente, cuando entró a las siete en punto en la sala de las esferas, tuvo la satisfacción de ver todos los libros en su sitio. Pero, sorprendido, su corazón latió bruscamente, porque sobre el mármol de la chimenea yacía un volumen in-octavo en rústica, un libro moderno acompañado aún de la plegadera de boj que había servido para cortar sus hojas. Era una disertación acerca de las dos versiones del *Génesis* apareadas, un libro que nunca salió del desván donde lo había desterrado el señor Sariette, porque hasta entonces ninguno de los visitantes de la biblioteca Esparviana tuvo la curiosidad de comparar la parte del redactor monoteísta y la del redactor politeísta en la formación del primero de los libros sagrados. Este libro tenía en el catálogo la signatura R < 3.214 viii/2, y el señor Sariette comprendió que la

ordenación más complicada y pulcra no basta para buscar una obra que no esté en su sitio.

Durante un mes, todas las mañanas encontró sobre la mesa montones de libros; se mezclaban el griego y el latín con el hebreo. El señor Sariette reflexionó si aquellos trastornos pudieran ser obra de malhechores nocturnos que entraran por las buhardillas para robar documentos raros y preciosos; pero no descubrió rastro alguno de fractura, y en sus investigaciones minuciosas no pudo advertir la falta de ningún objeto. Víctima de una confusión espantosa, imaginó si sería posible que algún mono de la vecindad bajara por la chimenea y se divirtiese en la imitación de un sabio estudioso. «Los monos—pensaba—remedan muy hábilmente las actitudes de los hombres.» Conocía las costumbres de aquellos animales por las pinturas de Watteau y de Chardin; los imaginaba tan diestros en el arte de imitar una postura o un carácter, como los Arlequines, los Escaramuchios, los Zerlines y los Doctores de la Pantomima; los veía manejar la paleta y los pinceles, moler los colores, machacar las drogas, hojear un viejo tratado de alquimia junto a un brasero. Y una triste mañana, al descubrir un manchón de tinta sobre una hoja del tercer tomo de la Biblia Políglota encuadernada en tafílete azul, con el escudo del conde de Mirabeau, afirmóse en la idea de que un mono era el autor de aquel desaguisado. El mono habría volcado el tintero al remedar que tomaba notas como se lo vió hacer a su amo que, sin duda, era un erudito.

Obstinado en aquella suposición, el señor Sariette hizo un estudio de la topografía del barrio para precisar exactamente las casas de la manzana correspondiente al hotel d'Esparvieu. Luego fué a preguntar de puerta

en puerta, si había un mono en la casa. Interrogó a todos los porteros y porteras, a varias planchadoras y criadas, a un zapatero, a una frutera, a un vidriero, a los dependientes de una librería, a un cura, a un encuadernador, a dos guardías municipales, a cuatro niños, y experimentó la diversidad de caracteres y la diferencia de humores entre individuos de un mismo pueblo, porque las respuestas que le daban no podían ser más diversas; las hubo rudas y las hubo amables, groseras y corteses, irónicas y sencillas, prolijas, breves y hasta mudas. Pero no había podido adquirir el más ligero indicio referente al animalito que buscaba, cuando en el portal de una casa vieja de la calle Servandoni, una chiquilla rubia y pecosa que guardaba la portería, le respondió:

—El señor Ordenneau tiene un mono... ¿Quiere verlo?...

Y sin aguardar la respuesta del viejo bibliotecario le guió hasta una cochera. Sobre la paja caliente y unos pedazos de manta, sujeto por una cadena, temblaba de frío un joven macaco. Su talla era la de un niño de cinco años. Su rostro lívido, su frente arrugada, sus labios delgados, indicaban una tristeza mortal. Alzó sus ojos amarillos para dirigir al visitante una mirada potente aún; luego, con su manecita enjuta cogió una zanahoria y después de acercársela a la boca la tiró. Ya no miraba a los recién llegados; agachaba la cabeza como si nada esperase de los hombres ni de la vida, y encogido, con la mano en la rodilla se quedó inmóvil; de cuando en cuando una tos seca sacudía su pecho.

—Se llama Edgardo—dijo la chiquilla—. Quieren venderlo, ¿sabe usted?

Pero el viejo apasionado de los libros, que había exaltado su cólera y su resentimiento al suponerse en-

carado con el irónico enemigo, el monstruo de malicia, el antibibliófilo: quedóse atónito, entristecido, anonadado, en presencia del miserable ser falto de vigor, de ansias y de alegrías. Patente su error, desconcertóse ante aquel rostro casi humano, que la tristeza y el sufrimiento humanizaban aún más, y

—Dispense—dijo, mientras inclinaba la cabeza.

CAPÍTULO IV

Que en su expresiva brevedad nos conduce hasta los confines del mundo sensible.

Pasaron dos meses; como el desbarajuste no cesaba, el señor Sarricte sospechó de los francmasones. En los diarios que leía se narraban constantemente sus crímenes, y el reverendo padre Patouille los juzgaba capaces de las más abominables perfidias, muy seguro de que meditaban, de acuerdo con los judíos, la ruina total del mundo católico.

Más poderosos que nunca, dominaban ya en todas las instituciones del Estado, dirigían las Cámaras, cinco de sus miembros eran ministros, y en el Elíseo no se resolvía nada sin su anuencia. Después de asesinar a un Presidente de la República, modelo de patriotismo, hacían desaparecer los cómplices y los testigos de su execrable delito. Raro era el día en que París, aterrado, no tuviese noticia de algún asesinato misterioso preparado en las Logias. Tales hechos no dejaban lugar a duda.